

derna acaba de estrenar con tanta inteligente fantasía, he decidido un material bruto que el intérprete puede disponer según su humor. En último término, lo que importa no es lo que yo he escrito, sino lo que se puede y sabe hacer de ello. En consecuencia, he emprendido una verdadera demolición, una desmitificación total de ese material intocable, de esa partitura inmutable que paralizaba toda relación nueva entre el compositor, el intérprete y el oyente. El *alea* no es para mí más que un medio eficaz, actual, posiblemente provisional, de destruir las relaciones tradicionales y asfixiantes entre el artista y su público. Un medio de volver a poner en causa la función misma de la creación.

En «Heterogéneo», para órgano Hammond y orquesta, que ahora estoy acabando, no habrá una sola nota, una sola frase de orquesta más. Todo el material está tomado del repertorio sinfónico corriente del siglo XIX. Un medio como otro cualquiera de hacer

resaltar la disolución progresiva de la escritura en beneficio de un pensamiento musical mucho más general, mucho más global.

Ya sé que después de esta destrucción dolorosa habrá que reconstruir. Pero entonces se instaurarán relaciones nuevas entre la obra y aquellos a quienes está destinada. Concebir una música aleatoria para el concierto no me parece más que un «mal menor» y espero con optimismo el momento en que los magnetofones, al ocupar el lugar del piano familiar, permitan a todos mezclar y manipular a su alre las cintas propuestas por el compositor. Entonces ya no se tratará de audición colectiva, sino de un acto individual, privado, en el que el oyente, convertido en intérprete, se verá obligado a comprometerse totalmente. Quizá así se frene el arte de masas, totalitario y deshumanizado, la cultura dirigida que nos acecha y que ya ha sabido enganar la vigilancia de varios de entre nosotros. ■ L. de P.

"BREVE ENCUENTRO", DE LEAN

Una obra clásica

Al cabo de veintidós años se estrena en España «Brief encounter», de David Lean, una obra maestra en la historia del cine. Los historiadores, críticos y comentaristas han señalado, en su momento, la importancia del film, su valor como «clásico». Desde esta perspectiva, «Brief encounter» presenta más de un aspecto interesante: en primer lugar, la utilización estética de la «voz en off» y del flash-back. Aunque estos dos procedimientos habían sido utilizados anteriormente, Lean fue, posiblemente, el primer autor que los integró en su obra en función de una preocupación estilística. El film está narrado en primera

pero en su época, comprendemos que la única salida que le quedaba a la protagonista era el sometimiento. Porque el plano último de la película, el abrazo del matrimonio, no debe entenderse como un «happy end», en el que la virtud triunfa y la mujer, arrepentida, descubre su falta y retorna al hogar. Su sentido no puede ser más desesperanzador, al darnos en forma definitiva la derrota de un ser que ha tratado de escapar a una norma convencional, buscando realizarse intuitivamente por medio del amor.

Magnífico director de actores, Lean ha contado con dos actores de ex-



DAVID LEAN, CON TREVOR HOWARD Y CELIA JOHNSON

persona —es la protagonista la que recuerda el «breve encuentro»— y por medio de dos flash-back. Al utilizar este recurso, Lean quiere subrayar el deseo de la mujer de huir de su circunstancia cotidiana y realizarse a través del amor.

Sin embargo, la importancia del film no reside estrictamente en la utilización magistral de esos recursos narrativos, sino en la precisión y sensibilidad con que está contada esa historia de amor. El «clasicismo» de la película consiste en la perfecta asunción de ese método, pero la vigencia del film responde a su capacidad para emocionarnos hoy día, pese a los años transcurridos. Evidentemente, si Lean se plantease en la actualidad la realización de un «Brief encounter», el final sería otro muy distinto, la frustración no sería el carácter dominante de los personajes;

cepción: Celia Johnson y Trevor Howard. Ellos comunican con increíble verosimilitud el sentimiento creciente de esta pareja que se forma ante nuestros ojos.

Solamente un reparo: la intromisión de un amigo impide la realización plena del amor, cuando los obstáculos se encontraban más allá de esta causa puramente accidental, a un nivel de presiones morales y sociales mucho más concreto.

Film clásico, obra moderna en más de un aspecto, «Brief encounter» revela la maestría de un autor como David Lean, a quien la historia del cine debe títulos como «Oliver Twist», «Locuras de verano», «El déspota», «Lawrence de Arabia», y a quien resulta difícil reconocer tras las imágenes desangeladas de «Doctor Zhivago». ■ J. G. D.

art buchwald

UNA CANCIÓN PARA VIETNAM

Washington.—Una de las dificultades de la guerra vietnamita es que nadie ha logrado componer una canción sobre ella y todo el mundo sabe que no puede considerarse una buena guerra aquella que no tenga una canción abusiva que pueda ser tarareada por todo el mundo. Durante cuatro años los compositores norteamericanos han estado trabajando en ello día y noche, sin conseguirlo. El otro día visité a dos amigos míos, Al y Leo, quienes a pesar de los rumores sobre negociaciones de paz están todavía decididos a componer una canción bélica que sea un orgullo nacional. Cuando llegué, Al estaba cantando: "Es un viaje largo al delta del Mekong, es un largo camino. Abre los ojos, los del Vietcong son escarabajos, bien lo sabes". Pero, de repente, tiró el manuscrito diciendo:

—No consigo inspirarme.

Leo dijo a su vez:

—No sé qué nos pasa... A ver qué te parece esto: "Guarda el napalm en tu vieja mochila y... ¡sonríe, sonríe!"

—No me gusta —le dije.

—Lo que sucede con esta maldita guerra —dijo Al— es que tiene muchos aspectos sociológicos. Te digo que es desalentador. ¿Sabes que hubo un tiempo que éramos los mejores compositores de canciones bélicas?

—Nosotros compusimos "Cierra tu trampa, sucio japonés, o el tío Sam la cerrará por tí". Doce minutos tardamos, era en mil novecientos cuarenta y dos —dijo Al.

—¿Te acuerdas de la polca "Adolfo Hitler"? —agregó Leo.

—Aquellos eran los buenos tiempos —suspiró Al—. Entonces se le podían clavar los dientes al enemigo: los nazis como gansos y los japoneses de vientre amarillo.

—Y al obeso Mussolini, tumbado en un balcón —dijo Leo.

—El gordo Goering, el enano Goebbels. Esos eran enemigos.

—A ver qué tenemos hoy —comentó Leo—. Ho Chi Minh parece un San Nicolás hambriento y en Vietnam del Norte nadie pesa más de sesenta kilos.

—¿No habría problemas con eso? —pregunté.

—Washington nos lleva pidiendo durante cuatro años que componamos algo. Dicen que la guerra no será popular mientras la gente no tenga algo que cantar. Y tienen razón.

—No buscamos pretextos —agregó Al—, pero la verdad es que en esta guerra falta el viejo ardor, los antiguos furgones, el veterano Patton, el no menos McArthur y el tradicional sentimiento de "Orad mientras pasáis las municiones".

—Las canciones guerreras no tienen ya gracia.

—No puedo creerlo —les dije.

Al se sentó al piano y comenzó a cantar: "Más allá, más allá, envíen palabras de advertencia. Sin negociación habrá ampliación. Y no dejaremos de bombardear más allá, más allá..."

Leo dijo:

—Eso no tiene comparación con "Recordemos Pearl Harbour".

Y yo comenté:

—Ni con "Ponedme sobre los tréboles".

Pero Al siguió cantando: "Nos vamos y no regresaremos hasta que quede claro que los vietnamitas del Sur serán libres de decidir su destino, bajo los acuerdos de Ginebra, y termine la agresión del Norte y las bases en Camboya y Laos sean desmanteladas. Dios nos ayude".

—Ahí hay un buen argumento —dije—, pero la verdad es que nada de eso rima.

(Copyright 1968, The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service-Agencia Zardoya).